

EL ALMA DE GARIBAY

Semanario humorístico Oscense

Director D. Fulano de Tal



La correspondencia á D. Raimundo Rodríguez
Calle de Ainsa, núm. 7, 1.º



Redactores los que vayan saliendo

Verá la luz cuando lo dejen, pero deseando ser leído de *tútili mundi* hará lo posible por salir á la calle los domingos antes de las once, aunque no haya salido el sol, para aprovechar el descanso dominical de sus lectores.

Precio de cada número, cinco miserables céntimos, ó sea el precio de dos churros.

Los números atrasados se rebajarán de precio, no sea que se rancien y después no los quieran por ningún dinero.

Para fuera de la capital bastará que los curiosos que nos quieran leer remitan á nuestro Administrador en sellos de correo ó como Dios les dé á entender, cinco reales ó *sease* una peseta columnaria y tendrán buen humor un día á la semana por espacio de medio año. Si ustedes piden mas, no tengo inconveniente en afirmar que son unos gorriones.

A los repartidores que nos pidan 25 números, se les hará la rebaja de costumbre.

PROPÓSITOS DE ESTA PUBLICACION

Los mejores del mundo, puesto que tratará de instruir deleitando, combatiendo de paso todo lo malo que, á juicio suyo, haya en la capital y su provincia, como, por ejemplo, el caciquismo que divide en castas y razas á los nobles descendientes de D. Ramiro.

Se admite la colaboración de cuantos estén identificados con el programa que antecede, siempre que no lo hagan en serio, porque para caras serias ya tiene suficiente el Director con la de su suegra.

Soliloquio de un senador vitalicio

Esto es insufrible; ¿de dónde habrá salido esa «alma de Judas» que me sigue por doquier como si fuese la mía propia? ¿Quién le habrá permitido venirá nuestro planeta para soliviantarme de esta forma? ¿Qué extraña autorización le han otorgado para hacer *pendant* con el gusanillo de mi conciencia atenaceándose sin piedad? ¿Qué espíritu fatal la informa al recordarme con tal viveza pecados, que, si bien cometidos por mí, había ya dado al olvido aunque no confesado? ¿*Quosque tandem?* ¿Y hasta cuándo va á continuar tortura tal? Repito que esto es insufrible y no puede durar, y no durará; es necesario, de toda necesidad, es urgentísimo, es apremiante que yo llame á los chicos de mi prensa y les comunique órdenes severas. ¡Pues no faltaba más! Sí, señor, son unos tumbones y hay que hacerles ver la obligación en que se encuentran de defender al amo en cuya casa comen el pan. ¿Habrán creído esos muchachos que voy á darme por satisfecho con la plaza de Zaragoza? Hartas plazas les tengo yo á ellos concedidas en la redacción de mi órgano oficial, en el Ayuntamiento, en la Diputación, en el fielato, en las oficinas públicas, en las casas de beneficencia y en todas partes, amén del apoyo especial que les presto en las contratas de abastos, de carreteras, etc., etc., las facilidades que les doy para sacar trigo del Pósito, con más la favorable resolución de asuntos, que me callo, porque á veces oyen las paredes y no es discreto hablar de ello. No es suficiente, no, que hagan chacota de los ejercicios espirituales y llamen «energúmeno ensotonado» al padre que los da ni «quintos místicos» á los fieles que los practican; tampoco es bastante que mortifiquen un día sí y otro también á los PP. Salesianos, y que los columnien, pues al fin y al cabo bien merecido se lo tienen por haber tenido la osadía de venir á habitar en mis dominios, sin permiso mío, y no atender á mis repetidas indicaciones, ni siquiera á mis amenazas, que alcanzan también al Patrono; bien es verdad que á éste no le dejan un hueso sano hasta permitirse calificar de irregulari-

des los actos que practica; pero esto no es gracia, porque si le adjudican tales injurias lo hacen escudados en la impunidad, sabiendo que no ha de llevarles á los tribunales.

No colma además la medida de mis deseos que bombeen estrepitosamente á unos oradores sagrados con el diabólico y doble fin de que otros queden deprimidos, apareciendo de paso como católicos... de pega; ni puede colmarlos el dar cuenta en los «Ecos de sociedad» de que estrechan la mano y saludan afectuosamente y desean feliz estancia y mejor viaje, llamándoles á la vez ilustrados, virtuosos y sabios á algunos presbíteros que pasan por la capital, porque ya lo tenemos así convenido para lo que yo me sé; no es suficiente que conviertan mi periódico en vertedero de inmundicias, acogiendo y copiando cuantas monstruosidades y herejías les venga en talante vomitar á mis correligionarios, tales como la de rechazar la pompa y esplendor del culto que se debe á Dios calificándolo de *lujo divino*; es insuficiente también que cuando se avecinan elecciones, recurran, para combatir á los candidatos contrarios, á ponerlos en ridículo, mofándose de los oficios y profesiones que ejercen, entrometiéndose en su vida privada, á falta de doctrinas que oponer á las suyas; esto es poco: todo ello no monta como un grano de anís comparado con lo que yo necesito; y si no, vamos á ver, ¿qué han hecho ellos para desembarazarme de esa sombra, sin cuerpo, hermana de la de los Magyares, que es mi pesadilla perpetua? ¿Ignoran, acaso, que al traer á mi memoria la educación cristiana que me dieron los autores de mis días, y que tan mal he aprovechado, es un torcedor horrible del que no me puedo desembarazar? ¿No saben que al poner ante mi vista los ejemplos de fervor que aquéllos me legaron, comparándolos con los que yo estoy dando de anticlericalismo rabioso, ponen en guardia á los *infinitos* admiradores que me siguen y pueden llamarse á engaño? Pues si nada de esto saben, si todo esto ignoran, yo debo ponerlos sobre la pista y hacer que á todo trance vuelva sobre mis párpados el sueño reparador que tan inusitadamente me abandonó, hace ya algunos meses, quitándose de delante

ese fantasma aterrador. Pero esto hay que hacerlo con cautela, no hay que nombrar para nada al duende, pues de lo contrario sería peor el remedio que la enfermedad, mentando la sogá en casa del ahorcado; débense hacer los desentendidos, tener calma, averiguar sigilosamente dónde tiene su morada... y lo demás dependerá de mis instrucciones para que todos caigamos sobre él como alud desprendido de las montañas y lo aplastemos; mas... tonto de mí; ¿cómo puede ser eso, si las almas, los fantasmas ni las sombras pueden ser aplastadas? Hace muy poco mi gente de redacción creyó poner una pica en Flandes diciendo que iba á publicar no sé qué nombres para calmar mi ansiedad; ¡donosa ocurrencia! con ese emplasto anodino, ¡á buena hora se curarían mis males! Para hacer desaparecer el chichón que con ese *golpe* habían de levantar á los aludidos, es bien cierto que no tendrían que venir á mi farmacia por ningún medicamento. Bien pensado; ya veo que es inútil cuanto yo tenía tramado para hacer frente á esta situación abrumadora. ¿A quién, pues, recurriré? (en aquel momento posa distraídamente el monologuista sus ojos sobre un libro piadoso, que una niña de la casa ha dejado abierto al azar sobre la mesa, — ¿sería providencial?—abriéndolos desmesuradamente al leer en la página que tiene al frente, «me levantaré é iré á la casa de mi padre»). ¡Dios mío! ¿qué es esto? Yo lo he leído alguna vez de niño..., sí..., yo le oído también en algún sitio..., memoria mía... ayúdame, ¡ah! ya lo recuerdo...; en una misión. ¡Siempre me han de salir las beaterías al paso!; es fuerte cosa que no pueda uno desprenderse por completo de aquellas antiguallas que mamá con la leche de mi madre...; sin embargo, parece que en la ocasión presente refrigeran mi alma... ¿qué he dicho?... ¿Mi alma? No, no quiero pronunciar la palabra alma que tan inopinadamente ha acudido á mis labios, porque me recuerda esa otra que para mí es el canto del gallo...: ¡Dale! ahora acude á mi mente lo de la negación de San Pedro. ¿Por qué me enseñarían cuando iba al colegio estas cosas que tanto me inquietan en los actuales momentos? ¡Misterios de la vida!; no obstante lo dicho, no puedo apartar la mirada de este libro; las palabras que veo escritas me atraen, me cautivan, me subyugan. Veamos el epígrafe del capítulo para saber á qué se refieren: «PARÁBOLA DEL HIJO PRÓDIGO», (un sudor copioso baña la frente del senador, que coge maquinalmente una silla y se aproxima á la mesa para leer detenidamente aquel capítulo fascinador. Al terminar su lectura levántase apresuradamente y pasea por la habitación agitado y convulso sin articular una palabra; pero elevando con gran frecuencia sus ojos al cielo, hasta pasados quince minutos, en que parándose de repente y cruzando sus brazos exclama): ¡Por vida de mi abuelo! pero todo esto ¿está escrito para mí? La verdad es que no parece sino que su autor ha seguido mi vida paso á paso, porque desde que me separé de la línea de conducta que mis padres y maestros me trazaron, siento dentro de mí un hambre espiritual de manjares divinos que no puede ser aplacada, en manera alguna, por las bellotas de que me estoy alimentando hace tantos años, pues bellotas, y bellotas detestables son los mentidos honores con que el mundo me brinda y aun me otorga desde mi juventud, bellotas las actas de diputado, bellotas las de senador, bellotas las jefaturas, bellotas la influencia de que gozo, bellotas inmundas y repugnantes que revuelven mi estó-

magó, el humo y adulación de que me hacen objeto, ya que no ignoro, por más que lo disimulo, á dónde van encaminados; bellotas las plazas que me dedican y bellotas toda clase de homenajes que me tributan. Comprendo, y nunca es tarde, que he nacido para más altos fines y no pueden satisfacer mi espíritu tan groseros alimentos. ¿Qué haré? ¿A dónde iré? (vuelve á repetir lleno de confusión y, sin darse cuenta de cuanto le rodea, torna á leer en medio del mayor estupor: «me levantaré é iré á la casa de donde salí»). Siguió hojeando con afán aquel libro precioso que, por permisión divina, había sido puesto al alcance de sus manos y vió más adelante estas consoladoras palabras: «Dios no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva». «Yo no he venido al mundo en busca de justos sino de pecadores». Al llegar aquí lanzó un grito desgarrador y fuéronsele doblando sus piernas hasta tocar con sus rodillas el pavimento. ¡Cuánto gozarían los ángeles al contemplarle en tan humilde postura!)
PLINIO.

CHILINDRINAS

Á mi amiga María G. Aventín

Maestra de Ascara.

Tengo un verso regalado,
y aquí lo escribo aumentado.

En los nombres de mujeres
Hay muchas *Conchas* sin perlas;
Muchas *Rosas* con espinas;
Muchas *Bárbaras* de veras;
Muchas *Cruces* muy pesadas;
Muchas *Virtudes* «de pega»;
Modestas que no lo son,
Y *Paces* que mueven guerra;
Coronas de mal llevar,
Y *Marías* que «marean»;
Muchas *Pacas* de algodón;
Muchas *Cándidas* que «vuelan»;
Hay *Paciencias* impacientes,
Y *Claras* que son «espesas»;
Amparos que á nadie amparan;
Consuelos que no consuelan,
Y *Teclas* que desafinan,
Y *Esperanzas* que no esperan.
Hay *Castas* que no lo son;
Severas que no son serias;
Urbanas sin cortesía,
Y *Luces* que dan tinieblas;
Pilares que no sostienen;
Máximas que son pequeñas,
Y *Pepitas* de melón,
Y *Rosarios* que no rezan,
Y *Glorias* que á nada saben,
Y *Nieves* que casi queman;
Socorros que no socorren,
Y *Mercedes* que las niegan;
Angeles que son diablillos;
Serafinas cuando sean;
Victorias que no las ganan,
Y *Primas* que son... por fuerza;
Fidelas que no son fieles,
Y *Blancas* que son morenas,
Y *Dolores* que los dan;
Prósperas que no prosperan,
Y *Faustas* que son infaustas,
Y *Cintas* que nos aprietan,
Y en fin: *Remedios* peores
Que la enfermedad más negra.

CAMPEÓN.

ESCENA INFANTIL

A los discípulos del amigo S. M. V. (Campeón)
Maestro de R....

En el continuo batallar de las interminables horas de clase estoy seguro que vuestro cariñoso maestro os habrá enseñado, en más de una ocasión, que nunca se debe maltratar á los animales, pues éstos, como los seres que están adotados de razón, tienen un cuerpo sensible y reportan suma utilidad al hombre. Os referiré un caso que servirá para demostraros, de modo evidente, que la bondad hacia los animales encuentra siempre recompensa y produce satisfacción para quien la cultiva con empeño.

En un delicioso paraje frecuentado muy á menudo por vosotros durante las tardes y donde en compañía de vuestros amigos, disfrutáis de esas alegrías que proporcionan vuestra edad infantil, se hallaban varios niños jugando al marro. Próximo al lugar de referencia encontrábase un perrito que parecía participar del general contento y algazara. En lo más interesante del juego uno de los niños acertó á dirigir la vista al sitio en que se encontraba el animalito y pensando acaso que el pobre can estorbaba allí, abandonando á sus compañeros salió disparado en su dirección y tomándolo á puntapiés lo maltrató groseramente; como algunos niños corrían gritando detrás de ese malvado que no cesaba de castigar al falderillo, llamó la atención de los demás y especialmente de uno que estaba sentado leyendo un libro, quien ignorando el sucedido, y no sabiendo á qué atribuir el motivo de este tumulto, encaminóse á ver lo que ocurría; cuando vió esa triste y bochornosa escena tomó de un brazo á ese travieso é iracundo niño y dirigiéndole la palabra, en tono severo, le echó en cara su cobardía, porque sólo un cobarde puede maltratar á un inofensivo animalito. El irascible niño inclinó la cabeza y se llevó las manos á la cara, como ocultando la vergüenza que le producía ver que un amigo suyo y de menor edad le daba una lección que él no había sabido practicar, recibiendo al propio tiempo el desprecio de sus condiscípulos.

Un caballero que había presenciado todo eso, tomó de una mano al niño bueno y llevándolo á su casa, después de aconsejarle que continuara cultivando esas bellas ideas, le regaló un libro de máximas morales, en recompensa de la noble acción que había ejecutado, y en cambio al otro se le castigó severamente, privándole su maestro del recreo diario con sus compañeros. Sufrió mucho y en consecuencia prometió enmendarse, como así lo hizo, pues desde ese día cuando veía á un animalito, solamente le prodigaba solícitos cuidados.

Os invito, queridos niños, á que toméis el ejemplo de ese niño bueno porque el que empieza por despreciar y maltratar á esos seres útiles al hombre, concluirá más tarde por maltratar á personas menos fuertes que él y así seguiría hasta que no respetaría á sus mismos padres, maestros y autoridades.

CLARIDADES.

CHIRIGOTAS

Pues, señor... (así empiezan los chicos sus cuentos) nuestro compañero de redacción Plinio ha escrito hoy un artículo, que hemos leído antes de llevarlo á las cajas, y no podemos me-

nos de confesar que nos ha conmovido hondamente al llegar á sus últimos párrafos, hasta el punto de que, por un momento, nos ha apagado los fuegos de escribir chirigotescamente, según tenemos acostumbrado. Figúrense ustedes, que el pobre chico, en su afán de ver arrepentido y enmendado al propietario del *periódico liberal de las dos ediciones diarias, de la amplia información nacional y extranjera y de los corresponsales en todos los pueblos de la provincia*, nos lo pinta nada menos que arrodillado y en actitud de pedir misericordia al cielo. Si su hermoso sueño llegase con el tiempo á convertirse en realidad, nosotros seríamos los primeros que estrecharíamos al nuevo pródigo sobre nuestro corazón con un regocijo que, seguramente, no hemos experimentado en toda nuestra vida y rogaríamos á nuestro padre celestial que anticipase el banquete de familia, sin quejarnos ni murmurar con el hermano de la parábola por las distinciones de que le hiciera objeto y esta pluma, que hoy funciona torpemente sobre el papel, poniendo en solfa los mil y un desatinos de que somos testigos, correría enloquecida de satisfacción celebrando el triunfo de la gracia; mas como por desgracia no pasan de ilusiones de un soñador los pensamientos de nuestro amigo, tenemos, bien á pesar nuestro, que volver á la realidad y, haciéndonos cargo de la situación, reanudar la penosa tarea que nos hemos impuesto al abrazar el sacerdocio del periodismo, en el cual se necesita no menor vocación que para el de los altares. Dicho esto á manera de exordio, debemos manifestar que en la pasada semana nos ha proporcionado el susodicho órgano liberal un campo tan amplio donde espigar, que no sabemos por dónde dar comienzo á la recolección y quisiéramos que nuestro semanario fuera un *Times*, por su extensión, para depositar en él toda la cosecha. En la imposibilidad, por tanto, de hacerlo así, nos fijaremos por ahora en las rabiets que ha pasado el colega en cuestión, poniéndolas de relieve para que se rían ustedes como nos hemos reído nosotros, cosa irremediable, pues nos acontece, con esto, lo que á la generalidad de las gentes cuando ven pasar por la calle á un caballero muy tieso ó una señorita remilgada que se resbalan con una corteza de melón y caen la gran *culada*.

¿Que cuáles han sido esas rabiets? Tengan ustedes paciencia, señores, tengan paciencia, porque queremos exornarlas con todo el aparato que su interesante argumento requiere, como dicen los empresarios de teatro.

Primeramente han de imaginar ustedes que estamos en una sala modestamente amueblada, porque el sueldo no da para más; puerta al fondo y laterales.

ESCENA PRIMERA (1)

Al levantarse el telón aparece la *menegilda* de un reporter cepillando la levita del señorito, al cual ha preparado con antelación los guantes, la chalina, el sombrero de copa y el *moquero* blanco como el *ampo* de la nieve. Este, (el señorito, no el *ampo*), penetra en la estancia por una de las puertas laterales y grita impaciente: ¿aun no has cepillado la levita? Que el diablo te lleve, *gansurrona*, siempre ha de pasarme lo mismo contigo. ¡Tengo unas ganas de casarme! veremos si entonces lo tengo todo preparado con oportunidad. A lo que la doméstica replica, amostazada, entredientes: *caraja*, qué hallazgo la *pobrona* que se case con usted.—¿Qué refunfunas?—Nada, señorito, que ya la tiene usted cepi-

1) Esta escena y la siguiente nos las suporemos.

llada —A buena hora, hoy es día de aperturas; he de ir todavía á la redacción para recoger las invitaciones, y voy á llegar tarde por ti. (La maritornes en voz baja): ¿Qué ha dicho? ¿Que es día de aperturas? Pues para mí todos lo son, porque este hombre me pone en un brete cada vez que se pone *majo*.—Quítateme de delante.—Eso deseaba yo.

ESCENA SEGUNDA

Nuestro hombre llega á la redacción jadeante é interroga al portero: ¿las invitaciones?—*¿Cuáles?*—Tú sí que tienes cara de *cuálas*, mostrenco.—*Rediezla* y qué mal humor que *tray* usted; ¿qué mala hierba *hapisau*?—Déjate estar de hierbas, que es lo que debías estar comiendo en estos momentos y dame las invitaciones; (sólo me faltaba tropezar ahora con este gandul después de lo que me ha impacientado la criada);—pero *¿cuálas?*—*¿Otra vez?* Mira, vete la p...eineta, que ya me las buscaré yo. El reporter revuelve febrilmente la inmensa balumba de periódicos y papeles que hay sobre la mesa. Al cabo de algunos minutos aparece la del Instituto y volviéndose airado le dice al interpelado: ¿Y la del Seminario?—¿Qué?—¿No han traído nada del Seminario?—Sí *ññor*, anoche *trujeron* un *recau*.—Acabáramos; ¿y qué recado fué ese?—Pues de parte del cocinero, me *enñió á hñir* que fuera mi chico á recoger los *pelurzos* de las patatas *pal tocino*; y *gñen* favor que *m'hace*.—Maldita sea tu estampa; si no fueras un viejo te *arreaba* una *guantada* que te quitaba las muelas. Y dicho esto, desaparece, dejando al pobre hombre *turulado* y exclamando, al verle doblar la esquina de la calle:—Mo...ño, estos *bufa-plumas*, *paice* que dejan vivir á la gente por favor. Pues si no fuera por la *miñajeta* del jornal, los *esperdicios* que me llevo *pa* las gallinas y las *codas* de puro que me dan.., ¡luego estaría con ellos!

ESCENA TERCERA

Por fin penetra el reporter en el salón de actos del Instituto general y técnico, á función *empezada*, en el momento de subir á la tribuna el encargado de leer la Memoria reglamentaria; prepara el periodista las cuartillas... y éstas quedan inmaculadas al ver, oír, oler, gustar y palpar que aquel señor leía en aquel documento oficial planas y más planas, tratando de todo lo pertinente al establecimiento; de todo... menos de lo que al reporter interesaba, esto es, del consabido y esperado *bombito* á su dueño y señor, sin el cual no se podía pasar, ya que tan acostumbrado lo tienen á ello en todas las reuniones públicas y aun en muchas privadas. ¿Cómo se entiende eso? clamaba revolviéndose en su asiento. Un hombre como el nuestro, dejarle orillado después de hacer mención especial de tantos otros que no valen para descalzarle!

Buena la hubiste, señor secretario;

Presto arder en ira verás al *Diario*.

En efecto: llegó el viernes 2 del actual, y bajo el epígrafe *Aperturas de curso* llegaron también las *aperturas*, como decía la menegilda de marras, para el integérrimo funcionario que no se prestó á barrenar el octavo mandamiento...

Tan solo por complacer

A un celoso reporter.

El cual desfogó su coragina, como estos chicos saben hacerlo cuando no se les complace, exigiendo, después de los relámpagos y truenos de rúbrica, que se subsane «la omisión, como procede en justicia.» Pues... por nosotros que *dentre*, como decía el matraco del cuento.

Para terminar, y volviendo á lo del Semina-

rio, se nos antoja que este muchacho debe ser nuevo en el oficio de periodista, pues si no lo fuera, estaría al tanto de que en dicho centro docente, si bien es libre la entrada al acto de las aperturas de curso, no se circulan invitaciones á nadie y con ello se hubiera economizado el be-rrinche, á no ser que pretendiera se hiciese una excepción en su favor por ser representante de una publicación liberal que tanto amor suele mostrar por todo cuanto huele á sacristía. En resumen, esto, á nuestro entender, son consecuencias de cambiar de profesión sin motivo que lo justifique.

¡Ah! se me olvidaba. Aquello de que *corresponderás á la deferencia* no lo tenías que advertir, pues sobrado motivo tenemos para saber cómo las gastas; así que nos permitimos aconsejar al señor Rector que para no volver á incurrir en tu enojo, se guarde en lo sucesivo de no invitarte, usando contigo de educación, corrección y urbanidad, no intentando jamás ni siquiera dar un postre extraordinario á los seminaristas sin contar antes, con toda la sumisión, respeto y acatamiento debido, con tu beneplácito expreso, con tu visto bueno y tu superior favorable sanción.

¡Pues no faltaría sino que faltara!

NOTAS SUELTAS

La Cofradía de Nuestra Señora del Rosario, establecida en la iglesia parroquial de Santo Domingo de esta ciudad, ha tributado á la Santísima Virgen, en el año actual, los cultos con que ha venido honrándola en los anteriores.

La agradable temperatura que disfrutamos ha sido parte muy principal para que el espacioso templo dominico se viera repleto de fieles desde las primeras horas de la mañana del domingo hasta la terminación del Rosario solemne de la tarde. Han sido muchos los devotos que comulgaron á la terminación de la Misa que sigue al Rosario de la aurora; muchos también los que han asistido á la fiesta principal, y muchos más todavía los concurrentes á la solemne procesión respectiva.

Llamaban la atención en este acto religioso el orden armónico de su formación, el movimiento uniforme de las compactas filas, la profusión de luces que, como dos cintas de oro ondulantes, se extendían de extremo á extremo, los magníficos estandartes con sus vistosos faroles laterales, la asistencia del clero, de todo orden y jerarquía, presidiendo nuestro virtuoso y venerable Prelado, las músicas, los coros... Todo, en fin, contribuyó á que el Rosario general de la tarde presentase admirable golpe de vista, un efecto fantástico, pero á la vez edificante; manifestándose en él cumplidamente la cultura y religiosidad de la ciudad de San Lorenzo.

Que la Virgen Santísima del Rosario nos auxilie en la lucha que los católicos tenemos empeñada con los modernos albigenses. Así sea.

Habiendo visto en *El Diario* la distinción de que hemos sido objeto por parte de D. Víctor G. Olalla, procuraremos corresponder á la misma el domingo próximo.

Asímismo pensamos ocuparnos de la eterna pesadilla del mismo periódico relativa al legado de D. Bernardo Monreal, del cual sentimos no nombrase patrono á *su merced* para que hiciera mangas á su antojo. ¿No es D. Manuel el amo de todo? Pues por poco más, donde va la mula que vaya el ronzal.